

## CAPITULO 4

Desde la pequeña cocina podía atisbar a la mujer. A esa hora dormía ovillada, como si apeteciera recuperar semanas de insomnio. Más bien parecían meses o un tiempo sin definir.

Olvidar las razones de por qué flotaba entre el cañaver, mientras se ahogaba, donde había quedado atrapada. De lo contrario, el río en su presuroso caudal, se la habría llevado, en dirección a la mar. Se le había desatado el moño y la abundante cabellera azabache, se esparcía por la almohada, como si fuesen flecos. Ahora, su rostro había recuperado el color de la vida.

Aquella noche, oía ruidos cerca de la verja de entrada y al asomarse por la ventana, veía un caballo, negro como la noche, merodear por el lugar. Bien podía ser la cabalgadura utilizada por la mujer, que merodeaba por el lugar. El animal, al sentirse observado, se alejaba, rumbo al río.

Mezzo forte

Javier despertó al sentir olor a huevo frito y ruidos en la cocina. Soñaba que la corriente arrastraba a la mujer hacia la desembocadura del río y se estrellaba contra las rocas del acantilado. Aunque pedía auxilio, nadie la socorría y se la tragaba un remolino de agua.

—Imagino que deseas desayunar —indagó Javier, apareciendo en la cocina.

Ella tardó segundos en manifestar su aprobación, moviendo la cabeza. Enseguida, con una cinta, amarraba su frondosa cabellera. La limpidez de su rostro, aún surcado por la tragedia, empezaba a reverdecir.

—Ya sé que no quieres hablar, pero no importa por ahora. No hay prisa. Aunque ignoro la razón, debo aceptar tu deseo. Quizá, desconfías de este viejo ermitaño que te ha socorrido. ¿No es así? Parece lo justo en medio de esta tempestad. ¿Sabes? Anoche, vi un caballo merodear por aquí. Huyó al verme.

Javier observó cómo la mujer se sorprendía. Se le humedecían los ojos, mientras le temblaba la boca y en su frente, cruzaba la duda, convertida en ráfaga.

—Quedas en libertad de hacer lo que desees, mientras te recuperas.

Ella hizo un gesto de aprobación, moviendo la cabeza.

—Por ahí hay algunos libros para leer y revistas de historietas, que traían mis nietos cuando venían a verme. Después de desayunar, puedes permanecer en cama si sientes debilidad. Más tarde debemos volver a curar esa herida del tobillo. ¿De acuerdo? Ahora, si necesitas algo, puedes tocar esta campanilla que dejaré en el velador.

En tanto Javier escudriñaba la lluvia, cuya tenacidad conocía invierno tras invierno, la cual parecía empeñada en borrar el horizonte, hizo una pausa. Mientras se acariciaba la barba, dijo:

—De continuar esta lluvia, no existe posibilidad de salir de aquí. Cuando amaine y te sientas recuperada, puedes decidir sobre tu destino. ¿De acuerdo? En ese armario que usaban mis hijas, encontrarás prendas de ellas si deseas usar. Ahora, debo continuar mi trabajo.

Javier llevó una taza de café al taller. Mientras bebía y pensaba qué pieza tallar aquella mañana, observaba por la puerta entreabierta, cómo la mujer se incorporaba en el lecho para ver el río a través de la ventana. Algo decía aquella actitud, regida por el silencio. Aun cuando la lluvia arreciaba, y la furia del viento mecía el follaje de araucarias y alerces, hasta despeinarlos, ella podía observar el vertiginoso cauce, donde

se enfrentó a la muerte; de pronto, el azar la empujaba al meandro y quedaba atrapada al cañaveral. Después, llegaba el desvanecimiento.

Durante algunos minutos, Javier dejó de verla. Desde el cobertizo sintió berrear a la cabra y se dirigió hasta ahí. La mujer sentada en una banqueta la ordeñaba y al ver a su protector, le sonrió.

—Veo que estás de ánimo y me ayudas en las faenas del hogar. Lo agradezco. Otro día, si lo deseas, te enseñaré a hacer queso de cabra y dulce de piñones. Igual debes cuidarte.

Ahora, la mujer sonreía y mostraba aquella disposición de integrarse a las faenas del hogar. Cualquiera, al verla, no iba a imaginar que hacía poco, se ahoga en el río. Empezaba a sentir cercanía hacia quien la salvó de morir y a ese sitio a donde había llegado, sin desearlo.

Esa noche, Javier soñó que compartía con ella, el sitio donde el amor florece. Indagó si en silencio la podía contemplar. Ella accedió, porque los ayudaba a acercarse. Así permanecieron enfrentados donde cautiva el amor. Mirar hacia el jardín por la ventana abierta de par en par, en tanto el verano jadeaba y sólo contribuía a apetecerse. Mudez amparada en la nostalgia.

Desde hacía tiempo se asediaban, aun cuando no habían

privilegiado un encuentro a solas. Acaso se temían, desconfiaban de sus propias ansias. Finalidad que los convertía en prisioneros, aunque disponían de la libertad de romper las cadenas del idilio. ¿Hacia dónde dirigir sus ansias?

Él preguntó si el calor de la noche la agobiaba; y ella, sólo en ese instante, se despojó de una pañoleta que cubría sus hombros y cruzaba su pecho. Del escote, nada de tímido de su blusa, se abrió la ruta del extravío, extravío nunca deseado, más bien hallazgo de gotas de sudor en retirada. Luego, él consultó si podía cogerla de las manos, y lo hizo, sin esperar respuesta.